



## Capítulo 352 - Habitación de lujo

El coche los dejó frente al hotel como si entraran en un palacio disfrazado de civilización moderna —mármol brillante, candelabros que parecían capturar estrellas y un silencio lujoso que amortiguaba incluso sus propios pensamientos.

Vergil caminó por el área de recepción como si fuera dueño del lugar, una sombra con un propósito. Roxanne, a su lado, parecía una diosa exótica que acababa de descender de un escenario divino — su cabello suelto, sus ojos brillantes, su sonrisa satisfecha.

El ascensor los llevó directamente al ático, y cuando se abrieron las puertas, revelaron la suite más cara del complejo: una vista panorámica de la ciudad iluminada, cortinas translúcidas flotando con el aire acondicionado, una bañera de mármol tallada a mano y una cama tan grande que parecía hecha para dioses aburridos.



"Vergil..." Dijo Roxanne, mirando a su alrededor con una expresión entre asombro y reproche teatral. "Usaste la tarjeta negra Zafiro para esto, ¿no?"

Vergil se quitó la chaqueta con un movimiento perezoso y la arrojó sobre un sillón, ya caminando hacia el balcón.

"Lo hice", respondió, como si dijera que había pedido un café. "Pensé que era un buen momento para disfrutar del dinero de los demás"

Ella cruzó los brazos y lo siguió con la mirada.

"Estás exagerando."



Se giró, con una ligera sonrisa en la comisura de los labios.

"Soy un demonio, Rox. El dinero es simplemente... bonito papel con la ilusión de control. Y hoy, el único lujo que me importa..."

La miró a los ojos con firmeza. "Eres tú."

Ella se detuvo.

Sólo por un segundo.

Y entonces la sonrisa creció en sus labios como una chispa que se convierte en fuego.

Cruzó la habitación en dos pasos y, sin decir una palabra más, lo besó.

Fue un beso sin prisas, sin vacilaciones. Su mano se elevó hasta su cuello, sus dedos clavándose ligeramente en su cabello, mientras que el cuerpo de Vergil finalmente se permitió responder — los brazos la envolvieron firmemente, tirándola contra él como si el mundo entero estuviera afuera... y no importaba.

El sonido lejano de la ciudad de abajo se desvaneció. La suave luz de la habitación se convirtió en sombras cálidas. Y en ese momento, entre sábanas caras, promesas veladas y corazones de guerra en reposo, no había culpa, ni peso, ni pasado.

Sólo ellos dos.





El beso se profundizó.

Vergil la acercó más y sus dedos se deslizaron por la cintura de Roxanne hasta su espalda, como si buscara un ancla para el caos que ella agitaba dentro de él. Sus labios estaban calientes, hambrientos, y su risa baja se escapó entre besos cuando de repente él la giró, con un movimiento fluido y firme, y la levantó.

Su espalda golpeó la mesa cerca del balcón con un suave golpe —no por dolor, sino por sorpresa.

Roxanne jadeó, con los ojos muy abiertos por un segundo, antes de sonreír con esa expresión peligrosamente provocativa.

"Eres más directo de lo habitual... "Me gusta."

Vergil no respondió con palabras. Él simplemente se inclinó sobre ella, sus ojos ahora llenos de ese brillo oscuro que ella conocía tan bien —como antiguas tormentas embotelladas en ámbar.

Y luego la besó de nuevo.

Esta vez con una intensidad contenida, casi brutal, como si cada segundo que habían pasado separados ahora estuviera siendo recompensado, entre dientes y deseo. Roxanne se arqueó debajo de él, acercándolo, como si no hubiera suficiente aire en el mundo fuera de ese momento.

Sus manos corrían confiadamente sobre sus costados, como si supieran exactamente dónde tocar— no sólo su cuerpo, sino también su orgullo, su alma, sus puntos de rendición.





La habitación estaba en silencio. Sólo los susurros apagados de la ciudad afuera y su respiración entrecortada llenaban el aire pesado.

Virgilio apoyó su frente contra la de ella por un momento, con los ojos cerrados, controlando su ritmo, como si quisiera grabar ese momento en carne y memoria.

"¿Tienes idea de lo difícil que es estar lejos de ti?" murmuró roncamente.

Roxanne sonrió y sus dedos trazaron el contorno de su rostro.

"Entonces no lo seas."

La besó de nuevo, como si fuera una orden. Una promesa. Una caída sin remordimientos.

Las manos de Virgilio se deslizaron sobre la tela de su vestido con una reverencia silenciosa —no como si alguien desvistiera a otra persona por puro deseo, sino como si alguien le quitara la armadura a una reina.

Roxanne no se apartó. Sus ojos lo miraron con absoluta confianza, entregándose a su tacto como si el momento hubiera sido escrito mucho antes de que llegaran allí. El vestido negro se deslizó lentamente por sus hombros, deslizándose como una sombra líquida, revelando una piel que parecía brillar en la suave luz de la habitación.

Virgilio la observó como si se enfrentara a un hechizo antiguo —algo raro, prohibido y perfectamente suyo.





Con un gesto tranquilo, rodeó su cintura con sus brazos y la levantó sin esfuerzo. Roxanne rodeó su cuello con sus brazos, dejándose llevar por una suave sonrisa en sus labios.

La condujo por un pasillo lateral hasta una puerta de vidrio esmerilado que se abrió con un suave clic—revelando el siguiente escenario para su momento privado: una habitación privada con pisos de mármol, velas encantadas flotando en el aire y un gran jacuzzi en el centro, burbujeando con vapor aromático y luces suaves.

Vergil la colocó cuidadosamente en el borde de la bañera, como si estuviera hecha de algo más precioso que carne y hueso.

Ella se rió suavemente, su mano subió por su pecho y desabrochó su camisa con calma y provocación.

"Piensas en todo, ¿no?"

"Sólo cuando se trata de ti."

Se inclinó, besando su clavícula lentamente, dejando que sus dedos trazaran la línea de su columna hasta que se sumergieron juntos en el agua caliente y fragante.

El vapor se elevaba en suaves remolinos a su alrededor, amortiguando el mundo, envolviéndolos en un capullo de calor, deseo y pertenencia. Sin monstruos, sin guerra, sin profecía.

Roxanne se acomodó en el borde del jacuzzi, mientras el agua caliente subía en forma de niebla alrededor de sus hombros ya desnudos. Su cabello húmedo





se aferraba suavemente a su piel, mientras sus ojos lo seguían con tranquila intensidad—una mirada que decía más que cualquier provocación ensayada.

Virgilio, de pie frente a ella, comenzó a deshacer los botones restantes de su camisa con los movimientos lentos y precisos de alguien que lleva siglos de control. La prenda se deslizó de sus anchos hombros y cayó silenciosamente al suelo de mármol.

Roxanne se mordió ligeramente el labio inferior.

Sus ojos vagaban por su cuerpo como si fuera arte vivo — cicatrices discretas que dibujaban historias antiguas sobre músculos bien definidos, piel marcada por guerras y magia, y al mismo tiempo... tan absurdamente hermosa. Era una rara combinación de brutalidad contenida y elegancia oscura. Un príncipe maldito al que ella llamaba suyo.

—Vergil... —murmuró ella, con la voz cargada de esa ronquera intencional. "Deberías venir con una advertencia de peligro. O un cartel de "propiedad privada"



Arqueó una ceja, el fantasma de una sonrisa en sus labios.

"Pensé que te gustaba el peligro."

"Soy un peligro", replicó con una sonrisa lasciva. "Pero tú... tú eres perdición."

Con un movimiento tranquilo, se desabrochó el cinturón y dejó que sus pantalones se deslizaran hasta el suelo. Roxanne suspiró lentamente, sin ocultar su cruda admiración y su deseo contenido. Hasta que se dio cuenta...